Lección 8
(13 al 20 de Agosto de 2011)

Conformismo, concesiones y crisis en la adoración

Rubén Aguilar

En cualquier grupo humano, la práctica de la religiosidad, ya sea en el pasado o en el presente, está matizada con diversos objetos conductuales que caracterizan la cultura étnica que representan. Muchos pueblos preservan su religiosidad a través de manifestaciones rituales tales como el canto, la danza, la vestimenta, las pinturas y colores, la ornamentación de los lugares de culto, los movimientos corporales, los sacrificios, las ofrendas, etc. Tales manifestaciones de comportamiento religioso son formas de adoración y están basadas en la concepción de la naturaleza y los atributos de los seres sobrenaturales que la reciben. Generalmente, la concepción primaria de la expresión religiosa es la de la lucha entre en bien o el mal, o dos personalidades que representen esas cualidades. Según su punto de vista espiritual, es posible considerar la forma de manifestar la lucha entre el bien y el mal como una síntesis de la práctica religiosa.

Algunas religiones consideran que el bien y el mal son entidades sobrenaturales que siempre han existido, pero que finalmente –en la lucha librada entre ambas– el bien saldrá victorioso. Los grupos religiosos que mantienen esa concepción adoran, indistintamente, tanto al ser que personifica el bien como el que personifica el mal. Existen, no obstante, grupos que cultivan la adoración únicamente al ser que personifica el mal, porque consideran que sus atributos, los cuales no son muy conocidos o transmutados, revelan el bien que existe en su naturaleza.

La Biblia, libro sagrado de varias religiones, revela que el Único Ser eterno es Dios, Creador y Redentor. El creó seres celestiales, entre los cuales estaba Lucifer, quien ostentaba galas y privilegios mayores que los demás seres. Pero Lucifer se rebeló contra la autoridad de Dios y su voluntad, deseando mayores privilegios, y se convirtió en enemigo del Creador, por lo que es llamado Satanás (adversario). La rebelión de Satanás es el origen de todo el mal existente en el mundo y, también, la causa de la crisis en la adoración. Según las profecías apocalípticas, la adoración es la principal actitud que permitirá identificar el pueblo de la Verdad del resto de la población humana. Es posible diferenciar esas dos actitudes en relación al conflicto surgido por la rebelión de Satanás: el pueblo de la Verdad adora a Dios y el resto de las naciones adora a la “bestia” y a su imagen.

El mal existe desde la rebelión de Satanás y de sus seguidores. Pero, ¿qué es el mal? Es un interrogante que las ciencias humanas no logran responder. Basados en la actitud rebelde de Satanás, es posible dar una definición simple y comprensible de

lo que es el mal, o de su sustancia. Así, podemos afirmar que mal es toda actitud contraria a la voluntad de Dios. Consiste en la desobediencia a las leyes y preceptos divinos.

A los ojos de Dios

A los ojos de Dios, el mal es un acto de rebeldía contra sus leyes y contra su voluntad. Siendo que el mal es un acto de desobediencia a las leyes de Dios, podemos afirmar que una persona incurre en el mal cuando no obedece el Decálogo divino; cuando no respeta las leyes que rigen los fenómenos naturales; cuando no se sujeta a las prescripciones del ritualismo sacro; cuando no presta atención a las normas de la prevención de la salud, enfatizando los hábitos alimentarios; cuando no se somete a las orientaciones bíblicas respecto de las relaciones sociales, incluyendo el respeto a las autoridades políticas; cuando evita la dependencia de Dios para construir su propio futuro.

Como descendiente de Adán, el hombre tiene a los ojos de Dios una natural tendencia al mal y comete actos malignos. El efecto del mal es tan abarcante en la humanidad que “no hay justo, ni aún uno” (Romanos 3:10). Nada hay encubierto a los ojos de Dios. Sus atributos trascendentes examinan los deseos más profundos del corazón humano, resaltando su natural inclinación al mal. Todos estamos contaminados por esa nefasta tendencia, por lo que se vuelve necesario prestar atención a la advertencia del consejo divino: “Maldito el [hombre] que confía en el hombre” (Jeremías 17:5).

No es necesaria una actitud trascendente del Cielo o de mensajeros humanos para convencernos de la existencia del imperio de la maldad en el mundo. Cada momento, los medios de información –aún sin considerar el principio bíblico de los actos malignos– reportan eventos calificados como tales. Pero eso no significa que los actos del bien hayan sido quitados de la vida humana. Toda persona que analiza, ya sea por estudio o simple vivencia, en lo profundo de su conciencia, verifica que el ambiente social del mundo está matizado con los colores del bien y del mal. Vivir en un entorno en el cual el dominio sea únicamente el del Bien, es un deseo vívido de quien procura seguir con fidelidad las prescripciones divinas, pero ese deseo es una proyección futura, hacia más allá de este mundo. Mientras tanto, es necesario vivir en conformidad con el plan divino y libres de compromiso con la maldad.

El sustantivo *conformidad* enuncia la cualidad de estar conforme, mantiene una relación semántica con los actos de concordar, aceptar, adecuarse, resignarse o ajustarse. Relacionando esa acción a la presencia del mal en el mundo, podemos declarar que es inevitable recibir la influencia de esa tendencia en la vida de cada ser humano. Cada persona debe vivir en conformidad con la condición humana de tendencia al mal y con las múltiples manifestaciones de ello en la vida de cada persona. Pero vivir en conformidad no significa estar ligado o comprometido con el mal.

Compromiso es un término que indica la condición de alguien que está involucrado con algo. El compromiso es una situación impuesta. El compromiso con el mal es una condición de la persona humana por la cual permanece sometido a la autoridad del maligno o de quien genera el mal. La actividad del enemigo de Dios es tan inten-

sa para alcanzar su infeliz objetivo de someter a las personas al dominio de su influencia que, de ese modo, las compromete a la ejecución de todo acto maligno.

Reconociendo la existencia del mal en este mundo, la vida de toda persona es afectada por estas dos cualidades con las cuales mantiene una conexión indisoluble: conformidad y compromiso. El cristiano vive en conformidad, esto es, en resignación por la presencia del mal en toda esfera en la necesita actuar, pero –al mismo tiempo– debe evitar todo compromiso con la influencia del maligno. Vivir en conformidad y evitar el compromiso con el mal es el designio para todo ser humano, pues su realización futura y eterna depende de la actitud asumida al respecto. El interés de la persona ante esas actitudes determinará su postura de adorador sincero y fiel. Sólo hay una manera de alcanzar el ideal propuesto: vencer la influencia del mal, aún cuando la presencia de esa tendencia sea real y permanente, y no someterse a un compromiso con el maligno. Eso puede ser posible a través de una constante comunión con Dios, escuchando la voz del Jehová y guardando sus mandamientos (Deuteronomio 13:18).

La adoración falsa

La adoración es una actitud que caracteriza la vida religiosa de una persona. Muchos adoran dioses extraños; otros, aún reconociendo la existencia de un Dios supremo, no siguen las normas divinas de adoración evidenciadas en su Palabra. Cualquier forma de adoración que no sea la indicada por la Palabra divina debe ser considerada falsa. Así sucedió con la adoración de Caín, al ofrecer un tipo de sacrificio no prescripto por Dios. En una definición general de las formas de adoración, es posible aseverar que la verdadera adoración es aquella que sigue las normas impuestas por Dios con esa finalidad; mientras que otras manifestaciones –en una expresión sintética del concepto– pueden ser consideradas idolátricas.

La historia de las naciones revela que los sistemas sociales y religiosos impuestos por sus líderes indujeron a los pueblos a practicar formas de adoración fraudulentas, ya sea por la convicción emotiva de la existencia de dioses representando a la naturaleza, ya sea mediante la artificialidad de expresiones rituales con sentido religioso. Este hecho es demostrado con el surgimiento de religiones que se fortalecieron en un período de la Historia, tuvieron su apogeo para luego finalmente extinguirse ante la ausencia de devotos y –especialmente– por la imposibilidad de inspirar esperanza para consolidar la fe. Ejemplos de esta clase de tendencias religiosas ya extintas son las llamadas religiones nacionales tales como las religiones etrusca, del imperio de Mitani, de Ugarit, asiria, griega, babilónica, romana, escandinava, azteca, maya, etc.; y los grandes movimientos religiosos como el mitraísmo, el jainismo, el sintoísmo, el zoroastrismo, etc. Algunas religiones demostraron cierta parálisis en su expansión y vigencia, tales como en el caso del taoísmo, shikismo, budismo.

Al observar la declinación y la final extinción de determinada religión, la inferencia lógica que cabe es considerar que esas formas de adoración eran falsas. Esta inferencia debe ser aplicada a todo movimiento religioso que surge por iniciativa o manifestación espontánea de personas que promueven ritos y tipos de adoración ajenas al requerimiento divino.

La religión verdadera, motivada por la genuina Revelación, debe responder a la dilucidar los profundos interrogantes del ser, tales como el origen y el fin del mundo, el propósito de la vida, el origen del mal y de la transgresión, la propuesta de salvación, la justicia retributiva, la salvación como don divino, la naturaleza y los atributos de la divinidad, y otras. El cristianismo –a diferencia de otras religiones– ostenta en la Biblia el paradigma y fuente de toda verdad. En ella se encuentra la característica que identifica el pueblo de Dios, que practica la adoración genuina, y la afirmación que la Biblia hace al respecto es precisa e incisiva, pues describe a “un ángel que volaba por el cielo, con el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra. […] Decía a gran voz: ¡Reverenciad a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio! Y adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:6, 7).

La interpretación de este pasaje es simple, sin figuras literarias ni de lenguaje, describe a una comunidad que predica “el evangelio eterno”, o sea, la salvación a través del sacrificio de Cristo; exhorta a adorar a Dios, pues “la hora de su juicio” está cercana, una sentencia que destaca la venida de Cristo; además, advierte respecto de ofrecer la adoración al Creador, celebrando el culto en el único día que conmemora la Creación divina, el sábado semana, conforma ha sido instituido en el Decálogo.

La identidad del pueblo de Dios, que practica la verdadera adoración, culmina con la descripción que destaca “la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). En conclusión, toda persona que desee adorar a Dios en la forma requerida por la Majestad divina debe guardar sus mandamientos, manteniendo la fe en Jesús. Sin esa distinción, cualquier tipo de adoración es falsa.

Elías y los profetas de Baal

La Biblia destaca las características del verdadero adorador, lo cual orienta su vida bajo el principio de la observancia a los mandamientos de Dios. Esta vivencia personal es básica para considerar la validez de la adoración, pues Jesús afirma que “no todo el que me dice ‘Señor, Señor’, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21). Visto de ese modo, la regla de la verdadera adoración es simple y debe ser vivida en cada instante; pero –por otro lado– hay una gama de actitudes, a veces inconscientes, que caracterizan una forma de actuar contraria a la postura del verdadero adorador, y es la típica forma de idolatría sutil.

La idolatría puede ser definida como una inclinación emotiva de preferir obsesivamente a cualquier objeto en lugar de Dios. Los objetos idolatrados pueden ser considerados simplemente como atractivos y de buena apariencia; otros pueden ser calificados como detentores de un poder mágico tales como amuletos, cartas, tarot, *buzios*, piedras minerales, cristales, números de lotería, figuras simbólicas, nombres de entidades personales, representaciones de seres de otros mundos, etc.

El verdadero adorador debe ser consciente de que sólo Dios, a través del poder del Espíritu Santo, es capaz de proteger, sustentar y salvar; provocando manifestaciones de beneficio espiritual. Si no es Dios, cualquier manifestación aparentemente benéfi-

ca debe ser considerada una acción de la entidad adversaria al poder divino; por consiguiente, el resultado de una inclinación a la idolatría.

Una de las elocuentes demostraciones bíblicas de la inoperancia de la falsa adoración, basada en la idolatría, es el desafío promovido por el profeta Elías a los adoradores del dios Baal. Esa divinidad era popular entre varias naciones del antiguo Oriente Medio. Su nombre significa señor, amo, marido. Era considerado el dios de la lluvia y de la fertilidad, el "señor de las nubes"; esa consideración se basaba en un relato mitológico involucrado a su persona. El relato informaba de una lucha trabada entre Baal y Mot, el dios de la sequía. En esa contienda, Mot mata a su contendiente; pero luego su muerte es vengada por la acción de Anat, la diosa de la muerte. El cuerpo de Baal es conducido hasta el monte de los dioses, donde resucita. Su resurrección provoca lluvias copiosas que fertilizan la tierra. La adoración en los cultos a Baal era de extrema sensualidad, debido a la leyenda de que la fertilidad humana provoca la fertilidad de la tierra. En esos cultos, centenares y miles de mujeres, consideradas sacerdotisas de Baal, estaban a disposición de la práctica de una franca prostitución.

Está de más decir que la adoración a Baal, debido a la promoción del placer sensual, era de gran aceptación. Sus adoradores consideraban a este dios un verdadero salvador y todopoderoso. Pero, en este episodio puntual, sus profetas están reunidos en el Monte Carmelo para que, por medio de su intercesión, este dios midiera fuerzas con Dios, representado por el profeta Elías. ¿Cuál de las divinidades sería capaz de provocar un fuego intenso? A pesar del ímpetu manifestado por esos profetas en el acto de la adoración a Baal, y llegando a la extravagancia de lacerarse sus propias pieles, la esencia ficticia del dios invocado no se manifestó, como no podría haberlo hecho jamás. Elías, el profeta del verdadero Dios, en una actitud de decidida confianza, manda remojar el altar para luego invocar en humilde oración la revelación del poder de Dios. El fuego, que quema hasta las piedras, se manifiesta en forma destructora sobre el altar expuesto, consumiendo hasta el lodo en el fondo.

Desde ese acto, un tanto bélico, hay una gran lección que permanece para todo cristiano y que es la esencia del cuestionamiento imperativo propuesto por Elías: "¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones? Si el Señor es Dios, seguidlo; y si es Baal, id en pos de él" (1 Reyes 18:21).

Dr. Rubén Aguilar
Profesor de Teología
Univ. Adventista de San Pablo
Campus II



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática